

Recensión del libro *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan*, de Bibiana Medialdea

Preguntas y respuestas para entender la crisis

J. A. Tapia

Con el título *¿Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan? — Once respuestas para entender la crisis*, la editorial Icaria ha publicado este libro coordinado por Bibiana Medialdea García, profesora de Economía Aplicada de la Universidad de Valladolid, del que son coautores Nacho Álvarez Peralta, Luis Buendía García, Antonio Sanabria Martín y Ricardo Molero Simarro. El libro está íntegramente disponible en Internet, lo que sin duda revela la voluntad divulgadora y anticomercial de los autores y de la editorial.

Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan tiene apenas un centenar de páginas. El libro puede leerse de principio a fin en un par de horas. A eso también contribuyen una edición cuidadosa y una redacción en general clara y diligente. Salvo alguna abreviatura no explicada, los autores y probablemente la editorial han hecho un esfuerzo meritorio que ha dado sus frutos en lo que se refiere a evitar la jerga, los tecnicismos y la palabrería, logrando un texto que será en general comprensible para el lector medio que tenga interés en iniciarse o en profundizar en los temas económicos.

En esta reseña se comenta el contenido del libro que, como se explicará, expone ideas frecuentes entre los economistas y los intelectuales de izquierda. Se presenta luego una perspectiva que aún teniendo puntos de contacto con esas ideas, implica importantes diferencias.

Estructura, enfoque y caracterización de la crisis

Aunque los capítulos del libro están suscritos por diferentes autores, unos capítulos remiten a otros y no parece haber diferencias de enfoque. Del libro surge una visión bastante integral de la crisis y de una posible alternativa a la misma. En la introducción, fechada en agosto del 2011, se afirma que en España hay una percepción general “de que el gobierno está gestionando la crisis de una forma muy injusta” y los autores dejan clara su voluntad de crítica al discurso económico hegemónico, uno de cuyos elementos básicos, dicen, es otorgar a los fenómenos económicos un carácter natural. Así, según las visiones que suelen dar los medios de comunicación, de la misma manera que ocurren terremotos o llega la primavera tras el invierno, “los mercados nos golpean como lo haría un *tsunami*” o la prima de riesgo sube o baja tan autónomamente “como lo hacen las mareas”.

Nacho Álvarez explica que “los mercados” a los que se alude al hablar de la crisis son solo espacios físicos o virtuales en los que se venden títulos financieros, documentos que dan derecho a quien los adquiere a cobros en el futuro. En teoría, “los mercados financieros cumplen un papel esencial en una economía capitalista: facilitan que se encuentren agentes con necesidades de financiación (administraciones públicas, empresas u hogares), con otros que están dispuestos a utilizar sus ahorros para proporcionar a los primeros dicha financiación”. Pero la dimensión de estos mercados ha llegado a ser enorme, “muy superior en ocasiones a la de la propia actividad productiva a la que supuestamente financian”. Según Álvarez, cuando esos mercados no están debidamente regulados presentan “una tendencia intrínseca a acumular «capital ficticio» y a generar burbujas desconectadas de la economía real que, al estallar, provocan graves crisis financieras”. La eliminación progresiva de las regulaciones de los mercados financieros que ha sido parte de la política neoliberal desde la década de 1980 ha permitido que los inversores concentren sus operaciones, “más allá de los procesos de financiación de la actividad productiva,

en obtener ganancias con la compra-venta a corto plazo de los títulos de deuda, de las acciones, o de las divisas. Estos inversores han podido encontrar en el ámbito financiero rentabilidades muy superiores a las proporcionadas en el terreno de la economía real (aquejada de dificultades recurrentes desde hace décadas como consecuencia de las contradicciones del capitalismo)”.

A pesar de que en los mercados financieros intervienen gran número de actores, solo unos pocos participan en el grueso de las transacciones y quienes en definitiva controlarían el poder son, dice Álvarez, los grandes bancos, los inversores institucionales y las agencias de calificación. Los grandes bancos “son quienes otorgan la mayoría de los préstamos utilizados para adquirir títulos financieros, además de realizar ellos mismos multitud de operaciones diversas y de emitir títulos propios que se negocian en los mercados.” Los inversores institucionales son fondos de inversión, fondos de pensiones, compañías aseguradoras y los llamados *hedge funds* (fondos de inversión de características especiales). Los fondos de inversión o de pensiones y las aseguradoras “gestionan activos de titularidad colectiva (propiedad de ahorradores, pensionistas o asegurados, respectivamente) a través de gestoras profesionales vinculadas en muchas ocasiones con la banca”. La magnitud de activos que gestionan estos inversores es espectacular, equivalente a casi el doble del producto interno bruto (PIB) agregado de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), que viene a ser el club de los países (actualmente 34) más ricos del mundo.

Según Álvarez los fondos de inversores institucionales, los bancos y las compañías de seguros forman junto con las agencias de calificación “el núcleo duro del capital financiero internacional”. Pero, ¿por qué las agencias de calificación o *rating* tendrían tanto poder? Bibiana Medialdea responde que “la propia naturaleza de los mercados financieros impide que los agentes que compran y venden títulos cuenten con toda la información que sería necesaria para gestionar todos esos recursos de la forma más inteligente posible”. Así la información de las agencias de calificación que dicen que la deuda del país tal es “de fiar”, que las obligaciones de la empresa cual son bastante seguras o que los bonos emitidos por el consorcio Z son bonos basura es fundamental para que quienes actúan en los mercados financieros sepan a qué atenerse. El problema, dice Medialdea, es que “según ha quedado patente en los últimos años, las calificaciones que publican estas agencias no resultan fiables. Por ejemplo, hasta pocos días antes de que Enron quebrara las agencias mantuvieron la calificación de esta multinacional en niveles excelentes, los productos financieros en los que se habían integrado las hipotecas *subprime* contaban con la máxima calificación hasta que su valor se vino abajo en la crisis del 2008 y el banco de inversión Lehman Brothers era calificado como de máxima seguridad hasta que se vino abajo en la crisis. Según Medialdea, la razón de que las agencias se equivoquen tanto no es que sean torpes, sino que “tienen buenas razones para emitir calificaciones interesadas” ya que “si un Estado o una empresa quiere que sus títulos sean calificados, paga a las agencias para que lo hagan”. Esto es como si alguien que va a comprar un automóvil de segunda mano tuviera que fiarse del informe sobre el estado del vehículo que hace un mecánico pagado por el que le vende el automóvil. El conflicto de intereses que explica Medialdea es evidente, pero de su razonamiento no se deduce unívocamente que las agencias hayan de tener un sesgo contra ciertos Estados (como el griego, el español, el italiano, el francés o el estadounidense) a los que han hecho descender en “la liga de fiabilidad” en los dos o tres últimos años. Medialdea se pregunta si sería posible acabar con la tiranía de las agencias calificadoras y dice que sí. “Para empezar, se trataría de articular una normativa que garantizara que los mercados financieros estuvieran bien definidos y estrictamente regulados. Si existieran definiciones precisas de los activos financieros (...) y no se permitieran operaciones de ingeniería financiera totalmente opacas (...) la información referente a los mercados financieros no sería un bien tan escaso”. De todas formas, “aún así sería conveniente la existencia de una entidad objetiva y rigurosa que facilitara información financie-

ra fiable” y que contara “con recursos suficientes para recabar esa información y carecer de intereses particulares que le llevaran a manipularla. Condiciones que solo podrían garantizarse mediante una instancia pública supranacional verdaderamente independiente, al margen tanto de intereses empresariales como de presiones políticas”.

No parece nada fácil eso que sugiere Medialdea, es casi como unas Naciones Unidas que fueran a la vez una institución democrática y efectiva. Y todo ello, además, aplicado a mercados mundiales en los que operan los agentes económicos más poderosos, interesados justamente en que las instituciones de ese tipo sean tan inoperantes e inefectivas como sea posible, para poder someterlas a su influencia.

De todas formas, que esas agencias calificadoras tengan “tanto poder” no está tan claro, porque por ejemplo, la calificación de la deuda soberana japonesa fue rebajada hace ya varios años y la de la deuda pública estadounidense lo fue en el 2011, pese a lo cual el capital mundial ha seguido afluyendo a esos títulos y ni el gobierno japonés ni el estadounidense han tenido a corto plazo problema alguno de financiación como los tenidos recientemente por diversos países europeos. La idea de que las agencias de calificación “tienen mucho poder” parece así un tanto exagerada.

Otra de las tesis del libro, que explica Luis Buendía, es que lo que empezó como crisis financiera estadounidense y llegó a convertirse en una grave crisis financiera y económica mundial tiene su origen en los años sesenta, época en la que se agotó el modelo de crecimiento que había estado vigente desde el final de la segunda guerra mundial y el sistema monetario internacional fijado en 1944 en Bretton Woods. La causa última de ese agotamiento habría sido “la caída de la rentabilidad ya desde finales de los sesenta, lo que dio paso a un período caracterizado por un crecimiento muy débil acompañado de aumentos del desempleo y la inflación”. La respuesta de los intereses dominantes, bancos, empresas industriales y rentas altas, fue lo que a posteriori se ha denominado neoliberalismo: liberalización de mercados, privatización de empresas públicas, facilitación de contratos temporales y despidos y reducción del peso de los salarios en la renta nacional, todo ello con el objetivo de aumentar la rentabilidad. “Solamente en la OCDE el descenso [de los salarios] es de casi doce puntos porcentuales”, dice Buendía. La liberalización de los mercados financieros y el descenso de la rentabilidad en las actividades productivas tradicionales habrían empujado al capital hacia las actividades financieras en lo que se ha denominado financiarización, es decir, el predominio financiero sobre el conjunto de la economía, expresado “no solo por un aumento espectacular de la actividad y beneficios obtenidos por el propio sector, sino por su decisiva influencia en el comportamiento de empresas no financieras, hogares y gobiernos”. El capital habría encontrado así refugio en los mercados financieros e inmobiliarios, lo que a su vez habría favorecido la formación continua de burbujas en los precios de la vivienda y de las acciones y otros productos cotizados en bolsa. En un contexto de debilidad de la inversión productiva y menor intervención pública en la economía, el crecimiento de la demanda solo habría sido posible gracias al endeudamiento general. Este habría sido especialmente el caso de EEUU, donde entre 2001 y 2006 hasta una de cada cinco hipotecas firmadas habría sido *subprime*, de alto riesgo. Pero bajo las condiciones facilitadas por la desregulación financiera esas hipotecas fueron luego convertidas en productos estructurados que se vendieron a otros inversores. El riesgo se diseminó así por toda la economía mundial y cuando la burbuja inmobiliaria estalló y las hipotecas comenzaron dejar de ser pagadas, los problemas del mercado bancario estadounidense se extendieron al mercado mundial. “Esos productos estructurados de alto riesgo se propagaron también por los mercados internacionales, de modo que desde 2001 su volumen de comercio se multiplicó por tres.” Así el estallido de la burbuja inmobiliaria en EEUU no solo desencadenó una profunda crisis bancaria y financiera en general en ese país sino que, al cortarse los flujos de crédito interbancario por ese aumento global de la desconfianza se produjo un colapso del mercado financiero mundial. El crédito desapareció y la actividad económica general, que se alimenta del

crédito para su funcionamiento cotidiano, se vio así muy afectada. Por tanto, “una crisis que en origen afectó solo al sector financiero de EEUU, pasó a convertirse en una grave crisis financiera y económica mundial”.

En realidad, según afirma Antonio Sanabria, la pretendida crisis fiscal actual es en realidad una crisis bancaria, ya que el endeudamiento público “deriva, en buena parte, del rescate a los bancos por los estados, y no al revés”. Los bancos que, antes de la crisis obtuvieron enormes beneficios al financiar burbujas inmobiliarias o financiar el crecimiento vía deuda de países periféricos como Grecia o Irlanda, en la crisis se refugiaron en los títulos de deuda pública de esos países, más rentables por la continua elevación de sus primas de riesgo. Sin embargo, en “apenas un año los principales bancos han perdido casi el 50% de su valor, y algunos más aún. Si muchos colosos bancarios no caen es porque es la ciudadanía quien los financia”. Esto enlaza con el asunto de por qué son los estados los que están ahora en crisis, que explica Ricardo Molero afirmando que tres décadas de políticas neoliberales basadas en la aceptación acrítica de la doctrina del “déficit cero” dieron lugar “a una austeridad mal entendida”, con recortes del gasto público, especialmente las partidas dedicadas a financiar servicios básicos como sanidad, educación o transporte, y reestructuraciones impositivas regresivas, basadas en la reducción de impuestos directos y subida de impuestos indirectos como el IVA y los impuestos al consumo. Esas subidas no habrían sido suficientes para compensar el recorte de los demás ingresos públicos, “por lo que cuando los estados se han visto obligados a reaccionar frente a la crisis contaban con unos recursos absolutamente insuficientes”. A ello se sumaría la drástica caída de la recaudación tributaria desde el comienzo de la crisis y el uso de enormes recursos del sector público para rescatar a los bancos. Así, a la postre, la única alternativa que los gobiernos han tenido para hacer frente a sus necesidades financieras, incrementadas por la misma crisis (por ejemplo, por las prestaciones de desempleo) fue acudir al mismo sector bancario al que antes habían salvado.

En el caso de la Unión Económica y Monetaria (UEM), es decir, la eurozona, los estados ni siquiera pudieron recurrir al Banco Central Europeo (BCE) para financiarse. “En vez de ayudarles a afrontar el incremento temporal de los gastos necesario para enfrentar la crisis, lo que ha hecho [el BCE] es financiar al sector bancario [privado] para que este haga negocio a costa de las finanzas públicas. Como los tipos de interés a los que la banca presta a los estados son mayores que a los que presta el BCE, el sobrecoste que soportan los estados por tener que pedir prestado a los bancos privados en vez de a su banco central incrementa sus necesidades financieras. Esto se convierte en la excusa perfecta para que las agencias de *rating* rebajen la calificación de la deuda”. Como muchas entidades financieras están obligadas a mantener títulos de deuda de la máxima calificación, en cuanto se produce la rebaja de calificación se provoca una venta inmediata de títulos, lo que incrementa su oferta, los devalúa y provoca que a los estados les resulte más caro financiarse. Se genera así, finalmente, “una auténtica espiral de endeudamiento”. En realidad, dice Molero, toda esa espiral se podría haber evitado, ya que (1) los estados se podrían haber negado a los rescates financieros; (2) ante la necesidad de mayores recursos para enfrentar la crisis los estados podrían haber recurrido a las subidas de impuestos; y (3) el BCE podría haber financiado a los estados en condiciones favorables. Sin embargo, “lejos de haber ensayado ninguna de estas opciones, se ha optado por una solución que no es tal porque no hace sino agravar el problema. No en vano, la financiación pública a través de los mercados a cada vez más altos tipos de interés genera una carga no solo ilegítima, sino que puede acabar convirtiéndose en insostenible”.

Explica Molero que el euro como moneda única ha impuesto caracteres especiales a la crisis en países como Grecia, Irlanda y Portugal que a la postre tuvieron que ser rescatados y a los que estar en la eurozona les impidió utilizar devaluar su moneda (que ahora no tienen) y recurrir a su banco central emisor (que ya no existe) para financiar su deuda (el BCE tiene prohibido hacerlo). A diferencia de países como el Reino Unido o Suecia que

mantienen su soberanía monetaria, los países de la eurozona se encuentran con un riesgo real de impago de su deuda y por esas razones la Unión Europea (UE) se vio obligada a poner en marcha el denominado Mecanismo Europeo de Estabilidad Financiera, fondo financiado por los propios estados miembros cuyo objetivo es asegurar la estabilidad de la eurozona mediante préstamos a países que se encuentran en dificultades para financiar su deuda.

¿Y por qué hay amenazas sobre España si su deuda pública no es elevada? La respuesta de Molero es que en España la crisis redujo la recaudación tributaria e hizo crecer el gasto público, por las prestaciones de desempleo, los planes de estímulo económico y, en menor medida, los recursos dotados a través del Fondo de Reestructuración Ordenada Bancaria (FROB) para rescatar al sector financiero. Como consecuencia, las cuentas del sector público pasaron de un superávit equivalente a 1,9% del PIB en 2007 a un déficit creciente, equivalente a 4,2% del PIB en 2008, 11,1% en 2009 y 9,2% en 2010. La deuda pública española pasó así del 36% del PIB en 2007 a 60% en 2010. El porcentaje que representa la deuda pública respecto al volumen de la economía española “sigue siendo uno de los más bajos de toda la eurozona”, ya que la deuda pública equivale a 143% del PIB en Grecia, 96% en Irlanda, 93% en Portugal, 83% en Alemania y 81% en Francia. “Por tanto, a pesar de que la recaudación fiscal del Estado se vio mermada por las políticas fiscales puestas en marcha durante las últimas décadas, la capacidad de honrar los compromisos de la deuda pública española no debería ser cuestionada”.

Que los mercados duden de la fiabilidad española se debe según Molero al volumen que alcanza la deuda privada, que según algunas estimaciones llegaría al 300% del PIB si se suma el total de deudas de hogares, empresas y bancos españoles. Además 43% del total de deuda externa —la contraída con agentes extranjeros por particulares o instituciones españolas públicas o privadas— es endeudamiento de la banca privada española. Pero la situación actual habría tenido como origen último el modelo de crecimiento de la economía española antes de la crisis, que tuvo en su base una burbuja inmobiliaria alimentada por el abaratamiento del crédito internacional para los bancos españoles tras la incorporación al euro. Los flujos de crédito externos a los que podían acceder los bancos españoles se canalizaron hacia la financiación de promotoras y constructoras y los préstamos hipotecarios a hogares. La burbuja hizo rentable la especulación inmobiliaria y provocó la reorientación de la inversión desde el resto de sectores de la economía hacia la construcción. Luego el corte del flujo de crédito provocado por el estallido de la crisis se convirtió en una amenaza inmediata para el sistema financiero español, en especial para las cajas de ahorro, más expuestas a la burbuja inmobiliaria. El gobierno español se apresuró a crear el FROB para respaldar a las instituciones financieras, lo que supuso el inicio del incremento de la prima de riesgo de la deuda pública. En vez de renunciar a asumir “la deuda del sector privado con el objetivo de disminuir la prima, tanto el gobierno central como los autonómicos han optado por poner en marcha drásticos recortes del gasto público que suponen el cuestionamiento de conquistas sociales tan importantes como las pensiones, la sanidad o la educación públicas”.

La escasa inversión en ramas industriales y de servicios por la canalización de las inversiones hacia la construcción en la década del ladrillo hizo que la productividad en los demás sectores apenas se incrementase durante esos años. Para Molero, el gobierno en vez de promover el cambio de ese modelo productivo, optó por impulsar la competitividad “a través de una reducción de los salarios lograda mediante la degradación de derechos laborales básicos como la negociación colectiva. Sin embargo, esto no va a hacer sino perpetuar la desequilibrada especialización productiva de la economía y, por tanto, sus problemas estructurales. Es el precio que hay que pagar por aceptar la dictadura de los mercados”.

Luis Buendía afirma que esa dictadura tiene sus raíces en la necesidad de financiación de los Estados de la zona euro. Las escasas o nulas posibilidades de recaudar ingresos pú-

blicos a través de ingresos de empresas públicas (en gran parte privatizadas en la era neoliberal) o impuestos al capital (fuertemente reducidos) o al consumo (ahora deprimido por la crisis) obliga a recurrir a financiar los presupuestos, deficitarios, mediante la emisión de deuda pública, que solo será aceptada por los inversores privados si el interés que se paga es suficiente, comparado con otras posibles inversiones (y con el riesgo de pérdida de la inversión). La monetización de la deuda, que implica su compra por el banco emisor (el BCE en este caso), no está permitida y el BCE solo puede comprar deuda de los Estados miembros en el mercado secundario, adquiriendo la que los bancos o inversores privados quieran vender. En suma, la dictadura de los mercados financieros derivaría de la confluencia de dos procesos. De un lado, de la renuncia durante años por parte de los gobiernos a instrumentos que permitan garantizar la solvencia de las cuentas públicas aun en tiempos de crisis. Y, de otro, del recurso a la financiación de deuda en los mercados financieros privados, con la consiguiente exigencia por parte de inversores e instituciones públicas de aplicar fuertes ajustes regresivos a cambio de obtener esos fondos. Medidas como la constitucionalización de un techo de déficit dan rango legal a dicha dictadura.

En dos capítulos sucesivos Antonio Sanabria y Nacho Álvarez discuten si la suspensión de pagos de un país europeo pone en peligro al euro y si el abandono del euro podría ser “la solución”. A juicio de este lector la discusión y la respuesta que se dan a esas preguntas distan de ser claras. Tras explicar que los estados de la eurozona pese a estar vinculados en cuanto a política monetaria por el BCE no cuentan con coordinación alguna en el área fiscal, Sanabria hace consideraciones sobre liquidez un tanto confusas y afirma que los especuladores “juegan sobre seguro al persistir en sus ventas de títulos: baja el precio, crecen los tipos de interés y el país en cuestión sufre impotente una hemorragia de liquidez (salidas de recursos), sumado a que su coste de financiación se encarece sin freno (subida de tipos de interés)”. Todo esto parece sugerir que los especuladores son malvados y lo que quieren es destruir a los Estados, o al euro. Pero no queda claro cómo es que los especuladores ganan en esas operaciones —que es lo que quieren— y mucho menos, por qué se dice que “juegan sobre seguro”. Porque, ¿tienen realmente seguridad de hacerlo? En octubre de 2011 quebró MF Global Inc., un fondo de inversión dirigido por Jon Corzine, ex-directivo de Goldman Sachs y ex-gobernador del Estado de Nueva Jersey. Esa quiebra, una de las diez mayores en la historia financiera de EEUU, prueba claramente que a los llamados especuladores también les toca a veces “el premio” de pillarse los dedos e ir a la quiebra. De hecho, MF había apostado fuertemente a títulos de deuda soberana europea. Sanabria enfatiza que la crisis es bancaria más que fiscal y que las políticas seguidas en años recientes buscan sobre todo —y en eso hay que darle toda la razón— transmitir a los inversores, que son sobre todo bancos europeos, la seguridad de que recuperarán su dinero con el rendimiento correspondiente.

Nacho Álvarez comenta las opiniones de economistas de izquierda que favorecen el abandono de la eurozona por parte de Grecia y otros países. En esa perspectiva favorable a abandonar el euro a menudo se enfatiza que la UE encorseta la política fiscal —fijando techos para el déficit y para la deuda pública—, fuerza una política monetaria única y hace que los estados pierdan la posibilidad de una política cambiaria que, en otras circunstancias, existiendo monedas nacionales, permitiría a países en problemas devaluar para mejorar su competitividad externa. Como ese mecanismo no es posible, la mejora de la competitividad se busca mediante el ajuste salarial que permite “a los países europeos competir en los mercados internacionales, a pesar de que dicha medida no solo empeora las condiciones de vida de la población sino que refuerza la recesión”. (Dicho sea de paso, el uso repetido en el libro de “ajuste salarial” para indicar reducciones de salarios es una concesión innecesaria a la jerga económica y empresarial, que enmascara la verdad amarga con términos edulcorados.) Según Nacho Álvarez, la ausencia de autonomía fiscal, monetaria y cambiaria de los países de la eurozona se ha convertido así “en una máquina

de fabricar heterogeneidad y divergencia” y en un enorme obstáculo que impide dar “una salida social a la crisis”. Alemania ha ganado la carrera de “regresión salarial” durante la última década y ello ha determinado sus enormes excedentes comerciales y el déficit de los países, compensado por el creciente endeudamiento de estos. Ajuste salarial y sobreendeudamiento de los países periféricos serían así, por tanto, dos caras de la misma moneda en la zona euro.

Álvarez explica también que para otros economistas heterodoxos, críticos de las políticas imperantes en la zona euro, salir de la moneda única no es una medida prioritaria. En esta perspectiva un supuesto gobierno de transformación social cometería un error si su primera medida fuera abandonar el euro, ya que eso significaría apostar por una solución nacional, no cooperativa. Además exponería al país a represalias. El caso del Reino Unido, con los mismos problemas de endeudamiento, déficit público, estancamiento y desempleo que tienen las economías de la eurozona y sometido a idénticos planes “de ajuste” que los países del euro mostraría que abandonar el euro, de por sí, no es la solución. Esos economistas, continúa Álvarez, consideran que es preferible una estrategia cooperativa, que en el marco del euro haga “avanzar medidas de transformación social de forma previa a cualquier decisión sobre la salida de la UEM”.

Frente a la orientación de salida del euro y devaluación unilateral, que representa entrar en competencia con los estados que no devalúan, cambiar la política económica manteniéndose dentro de la eurozona sería una estrategia internacionalista y cooperativa y además, “cuantos más países la adopten, mejor funcionará”, dice Álvarez. Si el asunto es “articular una salida social y democrática a la crisis a escala europea”, salir o no salir del euro no será “ni la primera ni la más importante de las preguntas que hemos de responder”.

¿Cómo enfrentar la crisis?

Bibiana Medialdea concluye el libro dando una respuesta nítidamente afirmativa a la pregunta de si es posible enfrentar la dictadura de los mercados y bosquejando los posibles pasos hacia esa alternativa. Medialdea afirma que hay margen para que pueda gestionarse la salida de la crisis sin subordinarse a los intereses de los mercados. Sin embargo, para ello es necesario garantizar que la gestión económica se lleve a cabo mediante procedimientos democráticos, así como dotar a los estados (es de suponer que Medialdea se está refiriendo a un contexto europeo) “de mecanismos de financiación que no les hagan depender de los inversores privados”. Eso implicaría “una política fiscal potente y progresiva, que grave más a las rentas del capital” y “una lucha decidida y eficaz contra el fraude y los paraísos fiscales”. Por otra parte, “la inversión pública es imprescindible para reactivar la economía y generar empleo, reorientando nuestro modelo productivo con criterios de utilidad social y sostenibilidad medioambiental”. Son imprescindibles también regulaciones financieras estrictas, la constitución de una banca pública “capaz de operar con criterios de largo plazo y utilidad social, que facilite crédito asequible a aquellas actividades económicas prioritarias para la transformación del modelo productivo y la generación de empleo” y someter a control los movimientos de capitales “para garantizar un compromiso mínimo de esos capitales con los proyectos a los que financian, así como para evitar jugadas especulativas”. Dado que casi 70% del comercio exterior de los países de la UE tiene como destino un país europeo, sería viable, dice Medialdea, la creación de un espacio económico europeo basado en la cooperación entre sus miembros. “En lugar de competiciones a la baja —rebajas fiscales, recortes salariales, alargamiento de la edad de jubilación, ausencia de control al capital financiero, etc.—, un espacio europeo que funcionara de forma conjunta y coordinada, no basado en una competición destructiva y cortoplacista frente al país vecino, podría aplicar medidas de signo completamente opuesto.” Una vez recuperada la capacidad para tomar decisiones económicas y desactivado el mecanismo de competencia salarial actualmente vigente entre los países de la UE, “sería po-

sible revertir el proceso de ajuste salarial que lleva más de tres décadas en marcha y que se ha profundizado con la crisis”, con lo cual “los costes asociados a la crisis se distribuirían de forma equitativa, recayendo sobre sus responsables y permitiendo a la población trabajadora recuperar su capacidad adquisitiva y los derechos económicos y sociales”.

Los primeros pasos hacia esa salida progresista implicarían, dice Medialdea, priorizar las medidas “más acuciantes desde el punto de vista social”. Así, lo primero sería detener los planes de austeridad fiscal y los recortes en los servicios públicos, derogar las reformas laboral y de pensiones, e implementar “políticas públicas orientadas a la creación de empleo y el recorte de la jornada y la vida laboral”. A corto plazo habría que prohibir “los despidos en empresas que registren beneficios, así como alargar el subsidio que reciben las personas desempleadas hasta que sea posible su inserción laboral”. Frente a los desahucios “urge llevar a cabo una auditoría de la deuda privada hipotecaria, para identificar y analizar la deuda de familias que sufren graves dificultades económicas y corren el riesgo de ser desahuciadas de sus casas. Además de paralizar de forma inmediata esos desahucios, debería habilitarse la dación en pago, de forma que se anulara la deuda pendiente una vez que la familia pierde la propiedad de la vivienda”. Pero aunque se pierda la propiedad, es fundamental que se garantice que la familia pueda continuar viviendo en esa casa en régimen de alquiler. Frente a las crisis de deuda pública el BCE tiene que garantizar que cubrirá “adecuadamente las necesidades financieras de los estados, mediante la emisión del dinero necesario para comprar su deuda pública en el mercado primario a un coste asequible”. Eso impediría que los agentes privados se enriquezcan especulando con los títulos públicos. Para incrementar la capacidad financiera de los estados es crucial “una reforma fiscal amplia y muy progresiva” restableciendo el impuesto sobre el patrimonio y grabando con altas tasas las rentas altas. Las viviendas que permanecen vacías y han pasado a ser propiedad de los bancos intervenidos empezarían a conformar un parque público de alquiler y mediante un programa de inversión pública y el crédito garantizado por la banca nacionalizada se impulsaría el empleo en actividades socialmente útiles y ecológicamente sostenibles. Todo ello permitiría el avance hacia un modelo más equilibrado de reparto “del trabajo remunerado y no remunerado entre mujeres y hombres” y una mejora sustancial en la calidad de vida de la población.

A mucha gente de izquierda todo esto le sonará bien, pero lamentablemente, en esa visión hay elementos que no cuadran. Y la alternativa propuesta parece más asentada en deseos que en realidades.

La perspectiva “progresista”

El libro de Medialdea y sus coautores aparece en una situación de crisis de la economía española, parte de una crisis internacional de largo alcance que ha generado un importante descrédito de la “ciencia económica” de los Milton Friedman, Robert Lucas, Alan Greenspan y Larry Summers, crecientemente cuestionada por la ciudadanía y por muchos intelectuales. En esta situación, lo que tiene cada vez más salida en los medios de comunicación, dada la ignorancia o el rechazo ideológico de la teoría económica “comunista”, de Marx y sus adláteres, son las ideas económicas que podríamos llamar “progresistas”, de Keynes y los poskeynesianos, a menudo asumidas por lo que se podría calificar genéricamente como la izquierda. El historiador Josep Fontana se ha hecho eco de muchas de esas ideas —en gran medida procedentes del sector más díscolo del Partido Demócrata estadounidense— en una conferencia pronunciada en León (3-II-2012), en la que citó a toda una panoplia de economistas e intelectuales anglosajones “críticos”, como Joseph Stiglitz, Paul Krugman, Robert Reich, Michael Hudson, Robert Fisk y Randal Wray.

Aunque hay muchas diferencias de matiz entre esos intelectuales y quienes en España u otros países exponen visiones parecidas, muchas ideas son comunes. Una de ellas, a menudo asumida con entusiasmo por sindicalistas deseosos de mostrar su voluntad de ser constructivos, llegar a acuerdos y favorecer “que el país progrese”, es que la excesiva con-

centración del ingreso y la riqueza en los estratos más ricos hace que en la sociedad no haya poder adquisitivo suficiente para comprar lo que la economía es capaz de producir; la consecuencia es el estancamiento económico y el desempleo. Pero esa visión subconsumista, que se remonta a Malthus y que Keynes aceptó en alguna medida, fue rechazada de plano por Marx y, lo que es más importante, no concuerda con la realidad económica que muestra que justo antes de las crisis la masa salarial suele estar en alza. Por ejemplo, en EEUU la masa salarial creció en términos reales durante los años previos a 2008, año en que la crisis comenzó a manifestarse en una caída de la masa salarial que se prolongó por seis trimestres consecutivos. Previamente a la crisis, en el 4º trimestre de 2006 la masa salarial se había expandido a una tasa trimestral de 2,1%, sin precedentes desde 1999. Para Marx era una perogrullada decir que la clase obrera percibe una parte demasiado pequeña de su propio producto y que eso podría remediarse concediéndole una parte mayor, es decir, haciendo que aumenten los salarios. Porque “las crisis van precedidas siempre, precisamente, de un período de subida general de los salarios, en que la clase obrera obtiene realmente una mayor participación en la parte del producto anual destinada al consumo. En rigor, según los caballeros del santo y “sencillo” (!) sentido común, estos períodos parece que debieran, por el contrario, alejar la crisis”. Pero la producción capitalista, “implica condiciones independientes de la buena o la mala voluntad de los hombres” y la prosperidad relativa de los asalariados suele ser “un pájaro agorero de la crisis” (*El Capital*, tomo II, capítulo 20).

Muy distinta es la visión keynesiana, en la que una política económica adecuada es capaz de estabilizar la economía y ponerla al servicio de la sociedad. Desde el punto de vista keynesiano las crisis se ven, tras el período de esplendor de las tres décadas que siguieron a la segunda guerra mundial (cuando el keynesianismo era la ortodoxia económica) como consecuencia o de la ineptitud de los políticos o los economistas que los asesoran, o de las maquinaciones de una élite financiera de especuladores y banqueros que primero endeudan a la sociedad y luego la someten a sus dictados. Sin embargo, en el *Anti-Duhring*, Friedrich Engels, asesorado por Marx, presentaba las crisis como consecuencia de la incapacidad de la economía del capital para regularse a sí misma. Y el que el ciclo de expansión-contracción se haya repetido docenas de veces en las economías capitalistas (incluso cuando había economistas keynesianos en el gobierno) sin que la economía académica tenga idea alguna de cómo “domesticarlo” parece dar la razón a quienes piensan que las crisis recesivas son tan consustanciales al capitalismo como las flores a la primavera.

En lo político, la visión progresista apunta a las décadas de auge del neoliberalismo y a las maquinaciones del capital financiero que habría tramado una especie de golpe de Estado en el que los gobiernos democráticos de antaño habrían sido reemplazados por la dictadura de los mercados y por una oligarquía financiera. Pero, ¿no decía antes la izquierda marxista que bajo el capitalismo, sea con gobierno democrático o con gobierno totalitario, el poder es del capital?

Finalmente, desde la visión “progresista”, el objetivo de la izquierda en una situación de crisis como la actual no puede ser otro que lograr un gobierno que realmente haga lo que hay que hacer, a saber, meter a los bancos y demás especuladores en cintura, grabar con impuestos a los ricos para obtener recursos públicos y poner la economía “a trabajar”. En EEUU esto suele implicar también “convencer a Obama” de que se libere de las malas influencias y escoja la senda popular, saliendo de la sumisión a la que le han sometido las influencias malsanas de Wall Street. Y, por supuesto, hay que ayudar a que sea reelegido, no sea que vengan “males mayores”.

El lector podrá juzgar en qué medida el libro de Medialdea y colaboradores tiene puntos de contacto con esa visión. En la visión general que se expone en *Quiénes son los mercados* el período de crisis en el que entró la economía mundial a partir del 2007 sería básicamente consecuencia del proceso de financiarización iniciado en los años setenta, cuando la rentabilidad en las actividades productivas tradicionales habría llegado a nive-

les demasiado bajos, dando paso a una migración general del capital hacia actividades financieras especulativas más rentables. La desregulación de esas actividades financieras facilitó el desarrollo de la burbuja inmobiliaria, cuyo estallido en EEUU habría abierto la crisis financiera que se extendió a los mercados mundiales. La crisis de la economía española sería en gran parte consecuencia de la crisis bancaria estadounidense. Los corsés impuestos a la política económica de los países europeos por los tratados de la UE, y en España la política fiscal regresiva, la caída de los salarios y el endeudamiento de los bancos, las empresas y los hogares serían factores adicionales que contribuyen a la crisis. La reducción del gasto público y la continuación de las actividades especulativas de los bancos hacen que la recesión se profundice y que se aleje la perspectiva de reactivación. Sin embargo, todo ello podría revertirse con medidas para cortar la especulación financiera y una reforma fiscal progresiva que grabe fuertemente las grandes fortunas y genere recursos públicos para un programa de inversión pública. Lo que sería posible como política económica de un gobierno de progreso que, claro está, habría de estar apoyado en movilizaciones populares generalizadas. Aquí ya no se trata, parece, de conseguir que Zapatero resulte reelecto. ¿Quizá un frente amplio PSOE-IU-IA con un indignado como ministro sin cartera?

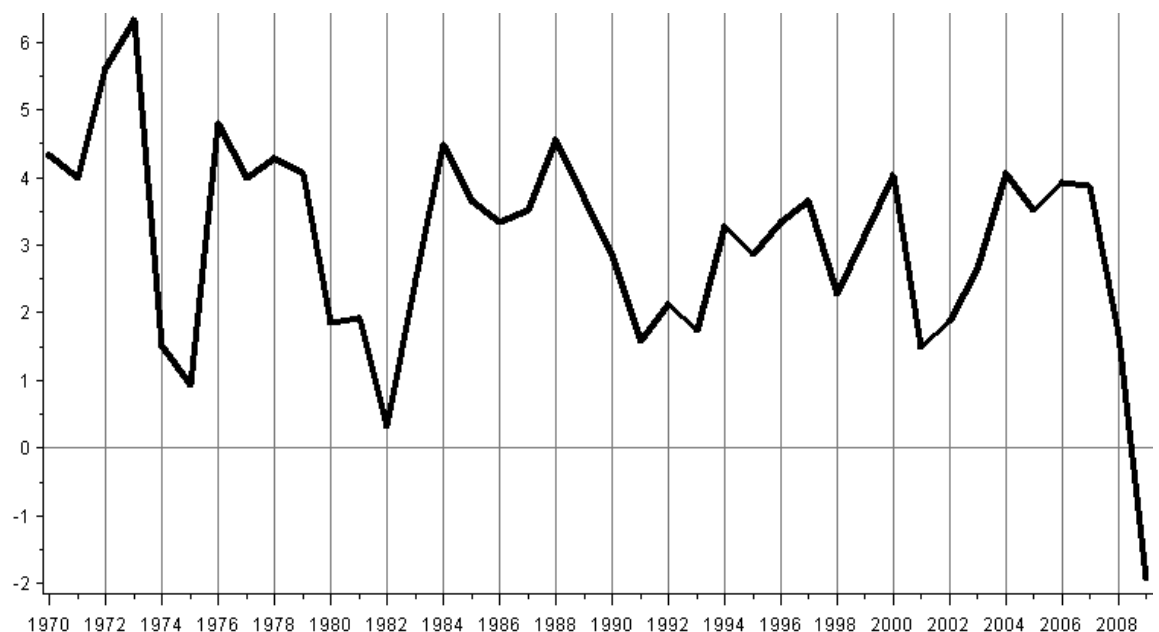
La tesis de la financiarización y la economía mundial

La tesis de la financiarización que se defiende en *Quiénes son los mercados* enfatiza los procesos financieros y los mercados de “capital ficticio” para entender lo ocurrido en la economía mundial en décadas recientes. Es cierto que en los países de la OCDE la importancia del sector financiero ha crecido sustancialmente desde los años ochenta, pero en gran medida eso es consecuencia del progresivo desplazamiento de la industria mundial hacia lo que los economistas académicos llaman “las economías emergentes” en Asia, América Latina y Europa oriental. No se puede olvidar que, a la vez que se ha desarrollado el sector financiero en muchos países, han continuado los procesos de acumulación originaria y de proletarización de la población mundial. En muchos países, contra la resistencia más o menos enérgica de las poblaciones campesinas, ha proseguido la apropiación privada de los recursos naturales y la tierra y la supresión de formas indígenas de producción, intercambio y consumo. Han crecido enormemente las poblaciones urbanas y los flujos migratorios que cada año añaden millones a la fuerza de trabajo a disposición del capital mundial. La integración de China y otros países “socialistas” asiáticos en los mercados internacionales y el hundimiento de las economías de planificación central del bloque soviético pusieron a disposición del capital internacional a cientos de millones de personas, muchas de ellas trabajadores altamente cualificados. En China la migración de gran parte de la población campesina del interior a las zonas industriales costeras generó una masa de mano de obra de cientos de millones de personas sometidas a las peores condiciones de explotación. Como apunta Nacho Álvarez en el libro, en Europa fueron las empresas alemanas las que mejor aprovecharon la situación tras el hundimiento del bloque soviético para congelar los salarios de los trabajadores alemanes e invertir en Europa del Este, consiguiendo excelentes condiciones de rentabilidad, entre otras cosas por los bajos salarios en esos países. La ausencia de normas que protejan a los trabajadores frente a las empresas y las favorables condiciones de inversión que implican escasas o nulas protecciones ambientales o pagos de impuestos fueron los incentivos dados a las empresas y los inversores occidentales por los gobiernos “poscomunistas” de China y de Europa oriental, deseosos de participar en el supuesto festín que el capitalismo mundial estaba dando y que a ellos les había sido negado por varias décadas de burocracia comunista. La integración de China en el capitalismo mundial fue fabulosa para la burocracia dirigente china y para los capitalistas occidentales aliados con ella (de los que, por ejemplo, Henry Kissinger es un típico representante). La explotación inusitada de los trabajadores en las empresas que bajo control de capital extranjero, chino o a menudo mixto comenzaron a

producir en China a precios más que competitivos para los mercados internacionales generó enormes ganancias que se redistribuyeron por toda la economía mundial, a la misma vez que puso presión a la baja sobre los salarios en las naciones de alto ingreso de la OCDE. Algo similar podría decirse de países como Malasia, Tailandia, Indonesia, Corea del Sur, India o algunos países de Europa oriental, todos ellos “mercados emergentes”. A pesar de que por un tiempo y en buena medida las ganancias producidas en esos países y realizadas en el mercado mundial se reinvirtieron en esos mismos países, tanto en empresas industriales como en infraestructura y vivienda, pronto resultó evidente que esas posibilidades de inversión rentable estaban agotándose. Ya antes de que comenzara la crisis en el 2007 la capacidad existente para producir computadoras, electrodomésticos, automóviles, acero, cemento, trigo, productos cárnicos o cualquier otro producto consumido en los mercados mundiales daba más que de sobra para cubrir la demanda efectiva existente.

Las enormes masas de capital en busca de inversión procedentes de las ganancias generadas en las economías emergentes se añadieron en los últimos treinta años a los flujos monetarios procedentes de países productores de petróleo. Los fondos de inversión directamente dependientes de gobiernos se convirtieron así junto a los empresas aseguradoras, grandes bancos, fondos de pensiones y fondos de inversión privados en uno de los actores principales de los mercados financieros internacionales. China comenzó a adquirir grandes volúmenes de bonos del Tesoro de EEUU y se convirtió así, a un nivel similar al de Japón y los países europeos en conjunto, en uno de los principales poseedores de deuda soberana de EEUU. Todo esto parece clave para entender la situación actual de la economía mundial y sorprende que nada de ello se diga en el libro de Medialdea y colaboradores, donde, por ejemplo, China no se menciona ni una sola vez.

Figura 1. Tasa porcentual de crecimiento anual del producto bruto mundial



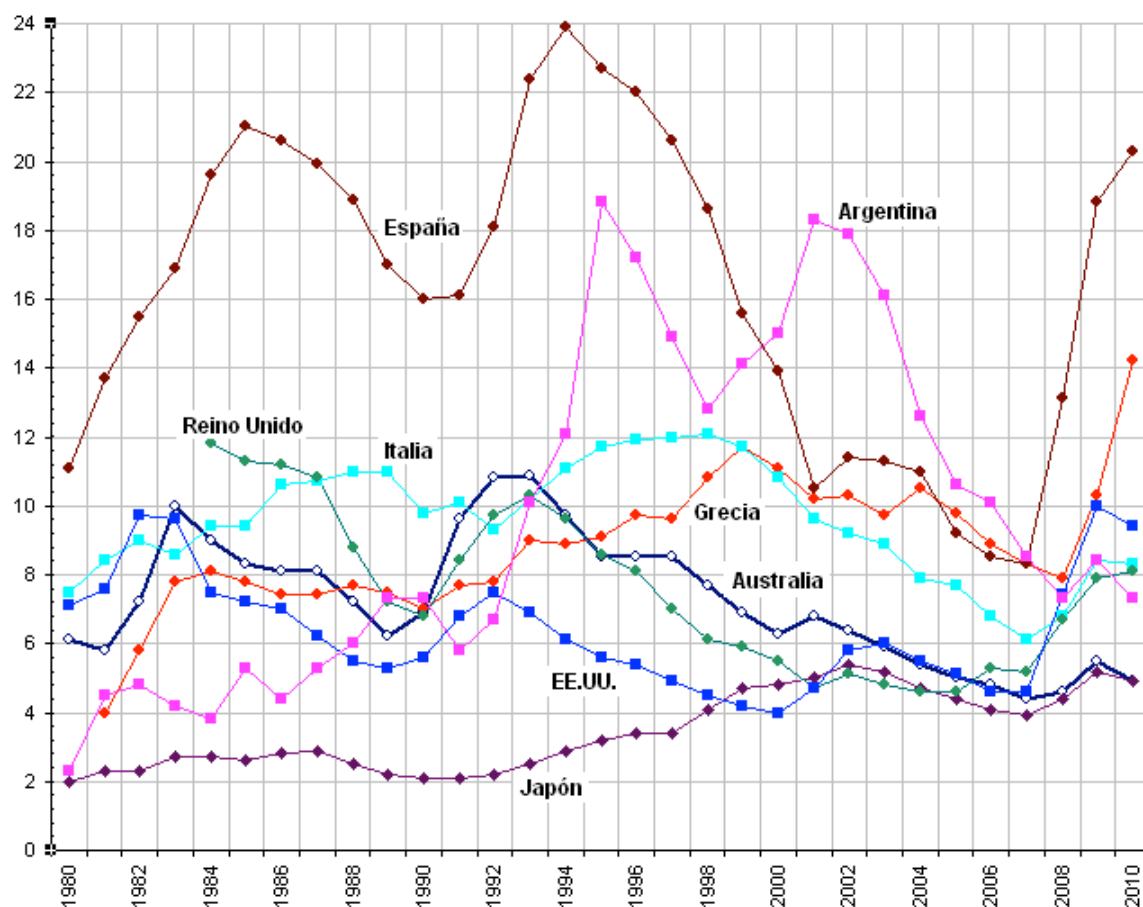
Tasas computadas a partir de datos del Banco Mundial (World Development Indicators) expresados en dólares estadounidenses del 2000

Burbujas especulativas, crisis financieras y economía real

El enorme aflujo de capitales a los mercados financieros internacionales creó condiciones favorables de crédito, facilitando la inversión y la especulación en muchos sectores, donde

se formaron burbujas, que no son otra cosa que procesos en los que hay retroalimentación positiva de los precios y la demanda. La subida de precios de ayer hace que hoy se compre más porque se piensa que los precios seguirán subiendo mañana, todo lo cual hace que sigan aumentando los precios y la demanda. Obviamente, estos procesos son inestables y antes o después tienen que interrumpirse. En el caso de los mercados inmobiliarios la formación de la burbuja está influida también por el crecimiento demográfico y los procesos inmigratorios y la difusión de la ideología del “capitalismo popular” en el que todos pueden ser propietarios y la posesión de la vivienda no solo es “una buena inversión” sino el ideal más fácil de conseguir. Sea como fuere, en las tres últimas décadas las burbujas inmobiliarias alimentadas por el crédito fácil se hincharon en países tan distintos como EEUU, Japón, Irlanda o España. Pero también hubo burbujas en otros mercados en cada fase expansiva. Después de la recesión mundial de mediados de los setenta, atribuida por la economía académica a los jeques petroleros, vino la crisis de comienzos de ochenta que llevó a la economía mundial a un crecimiento de casi 0% en 1982 (figura 1). La economía mundial creció luego a tasas de hasta 4% durante varios años, pero hubo otra recesión mundial a comienzos de los noventa, otra, mucho más leve, en 2001-2002, y finalmente llegó la Gran Recesión que redujo la tasa de crecimiento de la economía mundial a 1,7% en el 2008 y a -1,9% (una contracción sin precedentes en décadas recientes, figura 1) en el 2009.

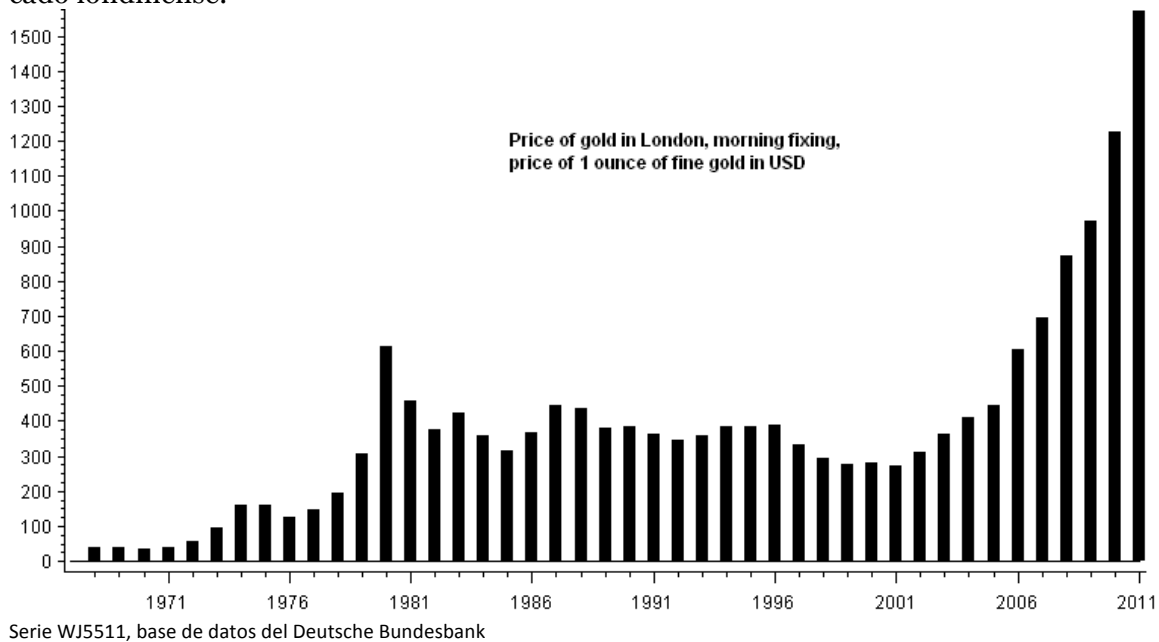
Figura 2. Tasa de desempleo (porcentaje de desempleados de la población económicamente activa) en ocho países, 1980-2010



Datos del Banco Mundial (World Development Indicators) para 1980-2007 y de <http://www.tradingeconomics.com/unemployment-rates-list-by-country> para 2008-2010

Los cinco periodos recesivos de la economía mundial a mediados de los setenta, al comienzo de cada una de las tres décadas siguientes y, finalmente, con gran campanada, a partir del 2007, no solo trajeron consigo aumentos del desempleo (figura 2) sino crisis financieras y el estallido de las burbujas que habían crecido en las fases expansivas en mercados específicos. En España la recesión de comienzos de los ochenta fue ocasión de la quiebra de Rumasa, en la que el gobierno de Felipe González demostró su buen hacer como eficaz gestor del capital en su conjunto (pese a la retórica de algunas fuerzas conservadoras de la época, que presentaron la nacionalización de Rumasa poco menos que como una incautación comunista, el capital español vio con muy buenos ojos el proceso de nacionalización de las deudas del *holding* dirigido por Ruiz Mateos, que pronto puso en el mercado unas empresas saneadas, listas para ser adquiridas a buen precio; fue un gran negocio). En la recesión de comienzos de los noventa la que estalló fue la burbuja inmobiliaria japonesa, que, se decía, había hecho que el valor de mercado de los terrenos del palacio imperial en Tokio fuera mayor que el PIB japonés. A final de siglo los mercados se vieron sacudidos de nuevo por desplomes bursátiles y por el hundimiento del gigantesco fondo de inversión LTCM, que estuvo a punto de desencadenar una crisis financiera mundial. En el 2001 vino la quiebra de Enron, a la que siguió la de Arthur Andersen (la mayor empresa auditora del mundo) y el estallido de la burbuja de las empresas *dot com*, que habían proclamado que el Internet era el nuevo Eldorado.

Figura 3. Precio medio anual de una onza de oro en dólares estadounidenses en el mercado londinense.



Entre los economistas heterodoxos es frecuente la idea de que la dinámica del capitalismo mundial ha sido más o menos continua en una “onda descendente” desde la década de los setenta hasta la crisis que se inició en el 2007. Esa visión de la que en alguna medida participa también este libro, no parece casar bien con los datos económicos observables. Por ejemplo, en EEUU el paro y la inflación alcanzaron niveles altos durante la primera mitad de los años ochenta, pero luego disminuyeron considerablemente y la inflación se mantuvo a niveles bajos durante los noventa y en los años previos a la crisis de la década pasada. El paro aumentó ligeramente a comienzos de los años noventa y en el 2001-2002, para

dispararse a partir del 2007. En España el paro se hizo masivo a comienzos de los ochenta y se mantuvo desde entonces en niveles mucho mayores que los de otros países de la OCDE (figura 2), pero disminuyó considerablemente en la segunda mitad de los años ochenta, disparándose otra vez a comienzos de los noventa. Desde el máximo alcanzado en esos años se redujo progresivamente para volver a aumentar rápidamente con la crisis actual, a partir del 2007. Todo parece indicar que, considerando la economía mundial en su conjunto, la segunda mitad de los ochenta, la mayor parte de los noventa y el periodo 2002-2007 fueron periodos de auge, de rentabilidades empresariales elevadas y de acumulación acelerada del capital, mientras que los comienzos de los ochenta y de los noventa, el 2001 y luego los años a partir del 2007 han sido periodos de crisis recesivas.

La tesis de la financiarización parte de que el capital financiero obtiene sistemáticamente mayores tasas de ganancia. Sin embargo, no hay datos que muestren que en décadas recientes la rentabilidad en el sector financiero haya sido sistemáticamente más alta que en los sectores no financiero. Por ejemplo en EEUU, en el Reino Unido y en otros países la rentabilidad sobre activos de los bancos comerciales y de inversión alcanzó niveles muy elevados en los años inmediatamente previos al desencadenamiento de la Gran Recesión a finales del 2007. Pero el sector de tecnología de computación tuvo enormes ganancias en los noventa (no en vano Microsoft se convirtió en una de las mayores multinacionales y Bill Gates en uno de los millonarios más ricos del mundo) y la construcción, las industrias energéticas, las compañías farmacéuticas y las empresas proveedoras de productos o servicios médicos fueron también sectores de alta rentabilidad.

De todas formas, hacen falta varias precisiones a todo lo anterior. En primer lugar respecto de las cifras de rentabilidad declaradas es necesario un cierto escepticismo, ya que las empresas tienen todo tipo de incentivos para engordarlas (si quieren que mejore su posición en bolsa) o achicarlas (si quieren pagar menos impuestos) y los dos tipos de incentivos pueden obrar de forma distinta en distintos momentos. Los supuestos beneficios “estelares” que declaraban muchos bancos estadounidenses a mediados de la década pasada antes de que comenzara la crisis a menudo se esfumaron cuando la creciente inestabilidad hizo recalcular los balances y reconsiderar la cobrabilidad de las deudas.

En segundo lugar, aunque desde el punto de vista de la economía neoclásica cualquier actividad económica lucrativa que produzca flujos monetarios y ganancia contable “crea valor” y así tanto los bancos como las empresas de seguridad, las cadenas de supermercados o las compañías de seguros son “empresas productivas”, desde la teoría del valor-trabajo el “valor” creado en estas actividades representa simplemente redistribución del valor creado en otras actividades productivas. Pero esto son asuntos relativos al “capital ficticio” (que se menciona de pasada en el libro, p. 16) y que sería largo examinar aquí.

Por último, las finanzas y el capital industrial están íntimamente imbricados y continuamente “fluye” capital entre ellos. El supermillonario Warren Buffett es accionista principal y director del fondo de inversión Berkshire Hathaway, que ha tenido o tiene participación en empresas manufactureras (Coca Cola, Dow Chemical, General Electric), en ferrocarriles de carga (BNSF), tecnología computacional (IBM), empresas de seguros (Swiss Re) y banca de inversión (Goldman Sachs). Todo un ejemplo de la interpenetración del capital industrial y financiero.

En el libro se defiende la idea de que las burbujas están desconectadas de la economía real, cuando en realidad las burbujas casi siempre crecen en las fases de auge de los ciclos de expansión-recesión y estallan coincidiendo con las crisis recesivas. Por otra parte, pese a que en las perspectivas keynesiana y poskeynesiana de las que a menudo se alimenta este libro las crisis financieras se ven como determinantes de estancamiento o contracción de la economía real, solo hace falta mirar un poco los datos para notar, como ya notaron Karl Marx, Wesley Mitchell y Henryk Grossman que, realmente, las crisis financieras ocurren como consecuencia de procesos en la economía real productiva. Por poner un ejemplo, a pesar de que fue a finales de 1929 cuando se inició el hundimiento del mercado

bursátil en Wall Street (que a menudo se pone como punto de inicio de la Gran Depresión), ya en el verano de 1929 la economía real de EEUU había dado muestras de agotamiento (J. K. Galbraith lo explica con detalle en su libro *The Great Crash 1929*).

¿Crisis financiera o crisis fiscal?

Que la crisis sea bancaria más que fiscal es un tanto discutible, sobre todo si se considera la situación a escala mundial. Para muchos bancos la deuda soberana es hoy uno de sus elementos claves de su balance, pero también en prácticamente todos los países del mundo los pagos de intereses o principal de la deuda pública son un componente importante de los gastos a los que han de hacer frente los Estados. La situación en muchos países europeos en los que los Estados encuentran dificultades para su financiación, la deuda soberana pierde fiabilidad y los bancos cada vez se ven más en apuros para no quebrar —pese a que, a corto plazo, puedan estar haciendo buenas jugadas especulativas— es claramente una situación de crisis tanto financiera como fiscal. Tanto bancos *zombies* como Estados *zombies* se tambalean buscando la sangre monetaria verde que los pueda mantener “vivos”. Y todo eso sin mencionar las conexiones entre bancos y Estados dadas por la posesión de deuda soberana de unos países por otros y los efectos desestabilizadores que pueden tener las modificaciones del tipo de cambio de, por ejemplo, el euro respecto al dólar o de estos dos con respecto a otras monedas. El aumento de precio del oro (figura 3) da idea de la desconfianza del capital mundial en la fiabilidad de las monedas nacionales y las deudas soberanas como depósitos de valor.

Ricardo Molero mantiene en *Quiénes son los mercados* la idea de que en la era de políticas neoliberales tuvo lugar una aceptación “totalmente acrítica de la doctrina del denominado «déficit cero», lo que dio lugar a una austeridad mal entendida”. Aunque Molero explica muy bien que en ese periodo se redujo considerablemente la presión fiscal para las rentas más altas y a menudo se redujo el gasto en servicios sociales (habría que precisar que en esto hubo muchas diferencias de unos países a otros), lo que dice o más bien lo que no dice parece sugerir que durante esos tres decenios neoliberales los gobiernos aplicaron en general la regla de no gastar más de lo que se recauda en impuestos, o sea, conseguir que el déficit presupuestario sea cero. A menudo esa fue la retórica de políticos como Reagan, Thatcher o Bush, pero la realidad fue sin embargo que desde los años setenta la deuda pública creció prácticamente en todos los países, tanto en volumen absoluto como en comparación con el PIB. Si no retóricamente, sí en los hechos, las políticas económicas que se aplicaron fueron en buena medida políticas keynesianas, en las que el gasto público deficitario, financiado con deuda nacional o externa, contribuyó a mantener la demanda. Ciertamente, en EEUU y en otros países ese keynesianismo fue a menudo de tipo militar, con gasto público dedicado en buena medida a financiar guerras o armamentos. En la España posfranquista integrada en el euro el gasto, financiado por el crédito fácil, de los gobiernos central y autonómicos a menudo financió proyectos faraónicos que alimentaron a su vez los clientelismos políticos y la burbuja del ladrillo.

Crédito y economía real

Según Medialdea y coautores, la crisis habría sido en origen una crisis financiera estadounidense que por la diseminación de los productos financieros derivados se convirtió en una crisis económica mundial. Es indudable que la eclosión de la crisis a finales del 2007 y durante el 2008 se localizó en los mercados financieros estadounidenses (pero en EEUU las ganancias empresariales habían dejado de crecer en el 2006) y de ahí se extendió al resto del mundo abriendo paso a una crisis económica mundial. Sin embargo, sería difícil pensar que ello hubiera sido posible si en el resto del mundo no hubiera habido procesos que estaban minando tanto la economía real como las finanzas. De hecho, había burbujas inmobiliarias en muchos países europeos e indicios de sobrecapacidad en muchos mercados mundiales. Otra idea que se propone en el libro es que una vez que la cri-

sis financiera iniciada en EEUU se propagó a los mercados mundiales el crédito desapareció, lo que afectó seriamente a la actividad económica general, que necesita el crédito para su funcionamiento cotidiano. Este mecanismo, a menudo enfatizado por los economistas ortodoxos (que como Bernanke, a menudo deducen de él la necesidad de evitar quiebras bancarias) puede tener cierta influencia, pero no demasiada. La realidad es que en las épocas de crisis el crédito se congela porque quienes tienen dinero metálico lo necesitan para pagar deudas o hacer frente a posibles pagos, los bancos temen las corridas y las empresas no financieras si necesitan liquidez es sobre todo para pagar deudas, ya que el descenso inmediato de la inversión en inventarios y en renovación o expansión del capital fijo reduce las necesidades de liquidez y de crédito para financiar los procesos productivos.

Los salarios y la crisis

En varias partes del libro se alude al “ajuste salarial” como una política perjudicial para la salida de la crisis, al parecer porque impide que se recupere la capacidad adquisitiva de los asalariados y, con ello, el consumo. Pero a la misma vez se afirma que los ajustes salariales fueron la respuesta de los intereses dominantes a la caída de rentabilidad desde los años ochenta y que el recorte de salarios es lo que permite a ciertos países europeos competir en los mercados internacionales (lo cual es lamentablemente cierto, como ilustran claramente los casos de Polonia y Alemania, quizá los dos países menos afectados por la crisis, a cambio de haber sido aquellos donde los salarios han evolucionado peor en años recientes). Pero competir en los mercados internacionales es aumentar las exportaciones y la actividad económica que demanda trabajo. Entonces, en qué quedamos, los recortes de salarios, ¿favorecen o dificultan la salida de la crisis? La respuesta es sencilla si se acepta el principio de que “una sociedad capitalista tiene como motor fundamental de su movimiento la economía y, en particular, la rentabilidad”, tal como se afirma en el libro (p. 8). Pero la rentabilidad no es otra cosa que la ganancia obtenida en relación al capital y la ganancia es lo que queda de las ventas una vez que se deducen los costos, de los cuales los salarios son una parte importante. Resulta así entonces que la relación entre ganancias y salarios es una relación inversa, como ya vio David Ricardo y enfatizó Marx, y cuando los unos aumentan las otras disminuyen, y viceversa. El cuento de que los aumentos de salarios aumentan la capacidad de consumo y permiten aumentar la demanda y así las ganancias fue propagado en tiempos por el empresario Henry Ford y luego por algunos seguidores de Keynes y por sindicalistas ingenuos o deseosos de afirmar la comunidad de intereses entre trabajo y capital, pero tiene muy poco fundamento. Y, de hecho, es en los periodos de recesión cuando se producen reducciones salariales drásticas. Sería extraño que los recortes salariales se produjeran sobre todo en las crisis, si esos recortes dificultaran la recuperación; el resultado tendería a ser un estancamiento permanente. Pero la realidad de la economía capitalista es su oscilación entre periodos de auge en los que se acelera la producción y periodos de crisis en los que se estanca o se contrae la actividad económica. Y lo que hacen las crisis es eliminar capital, reducir salarios y restringir costos, todo lo cual crea condiciones para que la rentabilidad se recupere y vuelva a producirse un periodo expansivo. Lamentablemente, lo que en las crisis es “bueno para la economía”, no es bueno para los asalariados.

La salida a la crisis

Durante décadas el pensamiento de izquierdas en occidente ha buscado adoptar posturas realistas, proponer alternativas posibles a las crisis económicas, evitar la marginalidad y marcar distancias frente al comunismo autoritario. La gente no está madura para la revolución, se decía, no se puede proponer acabar con el capitalismo cada vez que hay un ajuste de plantilla. Bajo el franquismo lo que había que hacer era lograr el fin de la dictadura, no se podía plantear ir más allá. Cuando ya no hubo dictador, de lo que se trataba era de

acumular fuerzas para “echar a la derecha del gobierno” o lograr “un gobierno progresista” o “de transformación social”. Luego, cuando “se echó a la derecha” del gobierno, “la izquierda” pasó a hacer prácticamente lo mismo que había hecho “la derecha”.

Durante el siglo XX los partidos políticos autodefinidos como fuerzas obreras o revolucionarias en los países de capitalismo avanzado se convirtieron en fuerzas marginales o, si derivaban hacia posturas conservadoras y tenían éxito, como el PSOE, el laborismo británico o la socialdemocracia alemana, en gestores del capital. Mientras tanto la tarea de criticar el capitalismo, de poner de manifiesto cómo se trata de un sistema económico irracional, promotor del antagonismo y la desigualdad social y sometido una y otra vez a crisis que dejan a millones sin trabajo, quedaba relegada a tiempos mejores. De hecho, lo que la izquierda asumió cada vez más fueron las ideas keynesianas según las cuales, con regulaciones adecuadas y gobiernos apropiados, el sistema podría funcionar adecuadamente.

El motor que mueve la economía capitalista es la rentabilidad del capital y cuando esa rentabilidad es baja la economía se estanca o involucre, las empresas despiden parte de su plantilla o cierran y el desempleo se hace masivo. Comprar barato para vender caro lo antes posible es el principio de los especuladores, que siempre aparecen en gran número en las épocas de prosperidad, en las que la ganancia generada en los procesos productivos tiene cada vez más dificultades para valorizar al capital existente. Pero cuando hay especulación lo que unos ganan otros lo pierden y en ese proceso no se genera valor alguno. Cuando se desencadena la crisis y el capital financiero o industrial comienza a desmoronarse, los representantes de los bancos y las empresas exigen “ajustes salariales” y “flexibilización”, para reducir sus costos y aumentar las tasas de ganancia. Pero a la misma vez los representantes del capital hacen esfuerzos de todo tipo por impedir que el capital se devalúe. Sin embargo, la devaluación del capital que elimina competencia y sobrecapacidad es un elemento clave para que vuelvan a crearse condiciones de aumento de la rentabilidad y se retorne a la expansión. Resulta así que el capital y sus representantes bloquean el curso natural de la crisis que podría abrir paso a otro periodo expansivo. El resultado es a menudo la acumulación de tensiones que finalmente estallan en una crisis mucho mayor.

En la situación actual los gobiernos europeos están haciendo esfuerzos ímprobos por impedir los impagos y el *default* de la deuda de Grecia, que sin duda empujaría a muchos bancos europeos hacia la quiebra, abriendo muy probablemente paso a otra crisis financiera mundial. Pero cada vez parece más evidente que sin una destrucción masiva de capital, que implica la cancelación de muchas deudas, solo mediante reducciones salariales, es dudoso que se vaya a recuperar la rentabilidad y se salga de la crisis.

En las condiciones actuales de hegemonía de quienes presentan al capitalismo como el único sistema posible las ideas que predominan son las de dar facilidades a las empresas, asumir que “hemos vivido por encima de nuestras posibilidades”. En una visión “más izquierdista” se le echa la culpa de lo que ocurre a los especuladores internacionales, al gobierno alemán o a los banqueros norteamericanos. Pero el capitalismo es un sistema mundial y el capital cada vez cuenta con más facilidades para moverse a los sectores productivos o los países donde es más fácil producir ganancia.

En condiciones en las que las fuerzas políticas más conservadoras acceden al poder por vía electoral, no parece que sea muy realista proponer como objetivo de los movimientos populares que cuestionan los aspectos más podridos del capitalismo “un gobierno de progreso”. Proponer que la crisis “la paguen los capitalistas” aumentando los impuestos a los ricos y que la inversión pública cree empleo y promueva la igualdad entre hombres y mujeres y la sostenibilidad ambiental, es un tanto desorientador cuando es más que dudoso que haya posibilidad alguna a corto plazo de tales cosas. Si un movimiento de masas fuera lo suficientemente potente para imponer un gobierno que tuviera esas intenciones, sería absurdo que se detuviera ahí y no fuera más allá, hacia la eliminación del sistema capita-

lista mismo. Pero todo eso es por ahora política-ficción. Por el momento, lo único que es factible es oponerse a las medidas que antes el PSOE y ahora el PP están poniendo en marcha y que, por supuesto, buscan sobre todo el aumento de la explotación de los asalariados y la defensa de los intereses del capital, no solo financiero. De lo que se trata es de resistir, de organizar apoyo para los desempleados, los desahuciados y todos los que lo necesiten, de promover la solidaridad y explicar el por qué de lo que ocurre a quienes siguen pensando que, con otro gobierno, las cosas serían distintas.

Paul Mattick fue un raro ejemplar de intelectual obrero. En su juventud participó en el movimiento revolucionario alemán que acabó con la primera guerra mundial y con el Káiser, pero no pudo acabar con el capitalismo. Luego emigró a EEUU, donde trabajó en la industria automovilística y siguió cultivando sus inclinaciones intelectuales que le llevaron a convertirse, de forma autodidacta, en un experto en Marx y en la economía académica, neoclásica y keynesiana, a la que sometió a críticas demoledoras. Ya viejo, en los años setenta, Mattick escribió lo siguiente:

“La revolución implica la rebelión de la mayoría de la población activa, cosa que no se produce por adoctrinamiento ideológico sino como resultado de la pura necesidad (...) El proceso de cambio histórico, a pesar de que ha sido acelerado por la dinámica del capitalismo, es exageradamente lento, sobre todo cuando se compara con la vida de las personas. Pero la historia de los fracasos también es la historia de las falsas ilusiones que se pierden y de la experiencia que se gana, si no para el individuo, sí al menos para la clase. No hay razón alguna para suponer que los asalariados no pueden aprender de la experiencia. Pero aparte de todo esto, las circunstancias obligarán a la clase trabajadora a encontrar la forma de asegurar su existencia fuera del capitalismo, cuando ya no pueda asegurarla dentro de él.”

Febrero de 2012

Enlaces

Archivo pdf gratuito del libro *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan*:

www.icariaeditorial.com/pdf_libros/Quienes%20son%20los%20mercados.pdf

Archivo audio de la intervención de Josep Fontana y el debate posterior en las IV Jornadas de Debate sobre la Crisis, organizadas por DEAC-MUSAC (León, 2-II-2012).

deacmusac.es/la-gran-divergencia-josep-fontana-i-lazaro